



Vol. 8, No. 1, Fall 2010, 163-197
www.ncsu.edu/project/acontracorriente

La participación del anarquismo en la formación del intelectual autónomo en el Río de la Plata (1900-1930)

Leandro Delgado

Universidad Católica de Uruguay

El anarquismo contribuyó decisivamente a la formación del intelectual autónomo, una figura alternativa a la del letrado tradicional que aún sobrevivía a comienzos del siglo XX. El anarquismo promovió el rechazo a este hombre de letras y a la universidad como el ámbito educativo en el que se formaba. La escritura profesional que practicaron los escritores anarquistas les permitió obtener autonomía respecto del mundo letrado tradicional, pero su práctica no estuvo libre de conflictos y reflexiones. Los anarquistas crearon y frecuentaron exitosamente toda una red de circuitos culturales alternativos a las aulas universitarias. Los cafés, la prensa obrera, los círculos y centros estimularon una educación autodidacta que estuvo inicialmente dirigida a la instrucción del obrero anarquista y que luego se extendió fuera del ámbito estricto del movimiento obrero. La primera parte del artículo recorre los circuitos de Buenos Aires y Montevideo donde se formó el intelectual autodidacta a través de diversas crónicas y textos de ficción de escritores anarquistas. La segunda parte describe el proceso de instrucción autodidacta en el testimonio de una propagandista y analiza la

polémica entre propagandistas anarquistas respecto a las definiciones del nuevo tipo de intelectual.

Ángel Rama señala la participación del anarquismo en el surgimiento de un intelectual “autodidacta”, la figura característica del ambiente intelectual durante y después del cambio de siglo.

Hasta el positivismo, incluido, la Universidad fue el centro formativo del pensamiento y las letras y las disciplinas universitarias, por modernizadas que fueran, propiciaban el orden jerárquico de la *ciudad letrada*, preparaban para las funciones del poder centralizado. Desde el anarquismo finisecular, la preparación intelectual ya no dependerá exclusivamente de ella, por la aparición de un grupo social más bajo que no puede o no quiere educarse universitariamente, prefiriendo hacerlo directamente en el comercio de libros y revistas que circulan más libremente por el mercado y todavía más en las conversaciones que sus miembros mantienen entre sí. La confusa y tumultuosa democratización va generando un distinto tipo intelectual que al no ser rozado por el preciado instrumento de la educación letrada sistemática, ha de proporcionar una visión más libre, aunque también más caótica, indisciplinada y asistemática. (Rama *Letrada* 163, énfasis de Rama)

El rechazo a la educación formal era una reacción, por un lado, contra una educación centrada casi exclusivamente en la enseñanza de profesiones liberales que alimentaban los puestos parlamentarios, políticos y judiciales y que estaban mayormente orientadas por un positivismo spenceriano “liberal y progresista” que afirmaba el “orden jurídico” existente (Zum Felde, *Proceso* 16). Por el contrario, el nuevo hombre de letras buscó formarse fuera de las aulas universitarias confiando en la instrucción autodidacta, en el interés libre e individual y en el cultivo de las llamadas “humanidades”. En estos ámbitos alternativos las corrientes filosóficas dominantes eran “el positivismo socialista y el individualismo nietzscheano” (16).

El rechazo del anarquismo al positivismo no fue completo. Por el contrario, llegó a promover la fe en la ciencia como único camino para luchar contra los dogmas y los prejuicios religiosos, llegando a elaborar una visión del progreso que se identificaba, en gran medida, con la modernización y el desarrollo industrial. La crítica del anarquista no estuvo dirigida hacia la ciencia como tal y son varios los científicos anarquistas que tienen una importancia central en el anarquismo de fines de siglo XIX y

comienzos del XX, como los geógrafos Elisée Reclus y Pietr Kropotkin o el ingeniero Rafael Barret, quienes basan gran parte de su reflexión en la investigación y la especulación científicas. Los anarquistas criticaron, sin embargo, el uso de la ciencia para establecer el dominio y la explotación de los hombres. Es constante la denuncia de los anarcosindicalistas sobre las condiciones insalubres de las fábricas o del hacinamiento que existía en las ciudades en crecimiento y expansión, es decir, sobre un desarrollo tecnológico que exigía condiciones de semiesclavitud. Esta explotación formaba parte de la denominada “cuestión social” que el movimiento obrero presentó como tema central de sus reivindicaciones. Por otra parte, los anarquistas vieron a los médicos como los grandes controladores y martirizadores del cuerpo (Barret, *Mirando* 160).

En particular, la crítica desde el anarquismo al positivismo dominante en la enseñanza universitaria estuvo orientada a atacar los métodos pedagógicos disciplinadores basados en su carácter deshumanizador. El anarquismo vio en la universidad el ámbito donde se establecían relaciones jerárquicas entre profesores y alumnos que perpetuaban y generaban las relaciones de dominación fuera de la universidad. Estas relaciones eran análogas a las denunciadas en las fábricas y talleres por el anarcosindicalismo. La crítica de Rafael Barrett¹ a la aplicación de exámenes basados exclusivamente en la memorización de los conocimientos presenta a la universidad como un ámbito deshumanizador que elimina toda individualidad como resultado de la uniformización “industrial” de los individuos (Barrett, *Mirando* 164).

El anarquismo celebró el desarrollo científico pero advirtiendo sobre los usos y alcances del conocimiento y definiendo el progreso en función de la preservación moral e intelectual del hombre. Para el anarquista, la ciencia no es más que un medio neutral y poderoso que corre el riesgo de ser usado con fines extremadamente perjudiciales: “La ciencia no es responsable de nuestras locuras. La ciencia no ha pretendido ser una

¹ El cronista, crítico y cuentista español Rafael Barrett (1876-1910) está ligado estrechamente a la historia sindical de Paraguay así como a la literatura del 900, tanto en Asunción como en Montevideo. Barrett planteó una visión personal, libre y sofisticada de las ideas anarquistas y participó activamente de la actividad sindical paraguaya. También ofreció conferencias a los obreros orientadas tanto a

religión ni una moral. Somos nosotros los que lo hemos pretendido. La ciencia en sí no es buena ni mala. Es un medio, un medio soberano de hacer el bien, si el bien está en nosotros” (Barrett, *Mirando* 63).

La figura del doctor, formado en las aulas universitarias, fue uno de los blancos preferidos del anarquista. Los letrados ejercían las profesiones liberales que dominaban el mundo académico y alcanzaban invariablemente posiciones de gobierno. El abogado era el típico representante, educado en la universidad, que se presentaba a conferencias en aulas y ateneos, que escribía columnas de opinión en los diarios principales y que ejercía cargos públicos. Su condición destacada en el panorama político y cultural era vista desde el anarquismo sólo como el resultado de su origen de clase, mientras su vinculación con el poder era considerada una fachada para disimular su falta completa de virtudes intelectuales y mínimos hábitos de trabajo (Barrett, *Dolor* 44).

La decadencia del letrado tradicional en el cambio de siglo estuvo marcada tanto por el rechazo a la figura tradicional del hombre de letras como por el surgimiento de una nueva práctica de la escritura determinada por la profesionalización del escritor, la gran innovación intelectual y cultural del período. Frente a la profesionalización, el anarquismo mantuvo, sin embargo, una posición ambigua y contradictoria. Por un lado, la profesionalización permitía una mayor autonomía respecto de los círculos universitarios y políticos. Por otro, el anarquismo exigía del nuevo hombre de letras una coherencia ideológica que no siempre estaba dispuesto a sostener.

El conservador argentino Manuel Gálvez describe las características del hombre de letras profesional del período: un individuo que dedicaba la mayor parte de su tiempo al trabajo literario, que escribía libros con regularidad y que orientaba su actividad a vivir exclusivamente de sus ganancias como escritor o periodista, aunque esto no siempre fuera posible (en Rama, *La ciudad letrada* 120). Así, el escritor profesional se caracterizó por ubicarse en una posición imprecisa entre la creación literaria, la crítica y el trabajo periodístico, en todo caso dedicando la mayor parte de su tiempo a la escritura. Para el anarquismo, el escritor profesional era una

la propagación del anarquismo como del conocimiento científico dictando clases de

figura atractiva porque sobrevivía a partir de su propia tarea y no como consecuencia de una mera ubicación en la estructura del poder político. En la posibilidad de definirse como un escritor profesional, la participación en la prensa fue central para el escritor anarquista. La posibilidad de obtener una ganancia directa de su trabajo le permitió, así como le exigió, una dedicación mayor a la escritura. Esta dedicación le permitió, a su vez, desarrollar y ocasionalmente experimentar nuevas formas expresivas de acuerdo a las tendencias de un público lector en crecimiento.

En su análisis sobre la crónica de los escritores modernistas (Darío, Martí, Casal) Julio Ramos señala la dependencia de los escritores profesionales respecto de los grandes diarios donde publicaron, circunstancia que les permitió elaborar una percepción muy aguda de los gustos y tendencias de un público lector masivo así como disponer de un espacio donde experimentar nuevas formas de escritura. De esta forma, el hombre de letras fue desarrollando una percepción del mercado editorial que le permitió cultivar la novedad al interior mismo de la actividad puramente literaria (Ramos, *Modernismo* 72-77). Lo más importante, la dependencia de la prensa de los escritores permitió afirmar una mayor autonomía respecto del poder político y una capacidad nueva para ejercitar y desarrollar la actividad crítica.

La autonomía era el resultado positivo de la especialización de la escritura, determinada por los nuevos procesos de modernización que atravesaban las nuevas naciones, y la división del trabajo garantizaba la independencia y la integridad de la actividad intelectual (Ramos 54). Pero en este punto, el anarquismo participó de manera conflictiva y contradictoria. Si a través de la profesionalización el anarquismo lograba conciliar al escritor con un ambiente intelectual no oficial ocupando una posición marginal, autónoma y crítica del poder político, esta misma profesionalización enfrentaba al escritor con el mayor enemigo ideológico del anarquismo: la división del trabajo, forma impuesta por el capitalismo que determinaba la alienación del trabajador al hacerle perder conciencia de todas las etapas que intervenían en el proceso de producción.

Para el anarquismo la división entre trabajo manual e intelectual es nociva tanto para aquellos que realizan tareas manuales como para los que realizan tareas intelectuales exclusivamente. En el segundo caso, la pérdida de contacto con el mundo material es tan alienante como sucede en los obreros manuales respecto de la ausencia de toda capacitación científica, de esta forma anulando la posibilidad de percibir integralmente al mundo y por lo tanto lograr un progreso afín a las necesidades humanas (Kropotkin, *Brain*). Para el caso, la división del trabajo como posibilidad de especialización intelectual y por lo tanto de autonomía del poder político podían provocar no sólo la alienación sino el sometimiento de la escritura y la tarea intelectual a las exigencias autoritarias y especulativas de un medio de prensa sólo interesado en las ventas. Las condiciones impuestas por la prensa (un lenguaje determinado, una extensión precisa, una agenda específica) no eran más que constricciones a la libertad de expresión.

Mientras el hombre de letras del período celebraba la profesionalización del escritor y la autonomía de la escritura, las corrientes individualistas del anarquismo advertían del peligro de escribir sin más propósito que llenar un espacio y cumplir con la agenda de una dirección editorial cuyo principal interés era alcanzar el mayor consumo posible, como ya fue señalado. No sólo criticó esta forma de escritura sino que lo puso en práctica de una manera incontestable: no escribiendo. La crítica se dirigía también a las mismas filas del anarquismo, en particular a aquellas publicaciones que eventualmente, en su afán de perpetuarse, terminaban cometiendo los mismos vicios y equivocaciones que la prensa burguesa tradicional. Así lo anunciaba con claridad el amenazante primer artículo del primer número de *Crónicas Subversivas*, folleto de Montevideo subtulado muy oportunamente “publicación eventual”:

“No escribir, sino cuando tengamos algo que decir”. Esta será nuestra norma de conducta.

Se acabaron para nosotros los diarios que hay que llenar forzosamente y los periódicos de actualidad pasada de tiempo.

Es torturador tener que escribir la columna ó la página que falta para completar el número. Conocemos muy bien ese parto doloroso, que se resuelve con renglones á base de vulgaridades y en columnas de temas rutinarios, de asuntos manoseados hasta la saciedad.

Nada pues de artículos sobre patriotismo, intelectuales y manuales, amor libre, militarismo, propiedad, estado etc. sin otra causa que llenar espacio y aún cuando no vengan á cuento. Dejemos á la

actualidad que imponga esos temas sobre la base sólida del suceso del día, para que así la pluma se deslice suavemente, sin fatiga, argumentando con frescura y emocionando con la verdad del hecho real que motive la crónica.

Y... ya está dicho lo que será esta simple hoja volandera, cuya aparición eventual ha de depender de nuestro estado de ánimo, de que creamos necesario opinar en un momento dado sobre lo que consideremos interesante.

(Anónimo, “Crónicas subversivas”, en *Crónicas subversivas*, Montevideo, 23 de marzo 1912)

A continuación voy a describir, a través de textos de escritores anarquistas, un panorama del ambiente donde participó el nuevo intelectual. Se trata de un ambiente difuso y enormemente dinámico constituido por focos diversos de encuentros y conversaciones: el café, el centro obrero, la prensa anarquista y los círculos de estudio.

Los nuevos circuitos

El café representaba todo lo que el intelectual autodidacta podía esperar de una educación libre: no cultivaba disciplinas sino una errática combinación de orientaciones filosóficas, literarias, sociológicas, científicas y políticas. A la jerarquía de los “hombres del tribunal” de Barrett, las mesas del café permitían el contacto fraterno y afectivo como parte integral de un intercambio intelectual y de una transmisión constante de diversos conocimientos. La efervescencia que caracteriza a todas las descripciones de los cafés donde se reunió la bohemia de Buenos Aires y Montevideo garantizaba el libre encuentro entre los individuos y hacía visible, sin más, a la anarquía entendida como el azar de los encuentros espontáneos y productivos entre iguales (Colson 30).

El Polo Bamba en Montevideo y el Café de los Inmortales en Buenos Aires fueron centros principales de difusión y circulación cultural, pasajes obligados para todo escritor o artista que intentaba hacer su carrera y buscaba reconocimiento en la nueva comunidad discutiendo y exponiendo alrededor de las mesas, intercambiando libros y periódicos así como manuscritos antes de ser publicados. En el café se leía y se escribía, se comentaba, se juzgaba y se criticaba lo recién publicado y lo que iba a publicarse, se establecían polémicas políticas y literarias y, en definitiva, se

ponía en tela de juicio todo lo producido por la cultura en ese tiempo, de la literatura al teatro, de la música a la pintura (Zum Felde, *Proceso*; Martínez Cuitiño).

El café ofreció al nuevo intelectual la experiencia de pertenecer a una comunidad dinámica y heterogénea. Esta experiencia le permitía, a su vez, elaborar una perspectiva individual de una cultura nacional y cosmopolita, es decir cultivar un fuerte individualismo donde cada miembro de la comunidad intelectual hacía notar su presencia con igual intensidad y originalidad. Vicente Martínez Cuitiño² señala esta particular vinculación entre individuo y comunidad intelectual que, al tiempo que pone al intelectual en contacto con sus iguales, le ofrecía al individuo los elementos para definir y afirmar su originalidad (10).

El carácter individualista promovido por el anarquismo estimulaba una intensa dinámica de encuentros, asociaciones y enfrentamientos que determinaban y afirmaban una participación activa e igualitaria. El encuentro en el café funcionaba como una visualización de la autonomía promovida por el anarquismo, es decir, aquella que “remite a las fuerzas constitutivas de los seres, a su capacidad para desarrollar en sí mismos la totalidad de los recursos que necesitan para: 1) afirmar su existencia, 2) asociarse con otros y así constituir una fuerza vital cada vez más poderosa” (Colson 44).

El café hacía visible una comunidad que promovía la autonomía de sus integrantes eliminando las relaciones jerárquicas que no fueran establecidas sino en base al enfrentamiento directo e igualitario de sus miembros o al reconocimiento, a partir de discusiones y polémicas, sobre el valor de una obra, de un autor o de un acontecimiento público. En el encuentro entre individuos, la conformación, afirmación o aceptación dentro de esta comunidad incluía todo un repertorio de rituales y formas establecidas de convivencia y reconocimiento que abundan en la crónica de Martínez Cuitiño. Porque el intelectual debía presentarse frente a sus iguales de acuerdo con un sofisticado dominio de la conversación, siempre

² El cronista uruguayo Vicente Martínez Cuitiño tuvo simpatía manifiesta hacia las ideas anarquistas. De él se citan varios pasajes de su crónica *El café de los inmortales*, café emblemático de la vida intelectual de Buenos Aires de comienzos del siglo XX.

abonada de trampas y chistes que probaban el desempeño del hablador. La capacidad de generar sorpresa y la velocidad para la réplica eran el mayor reconocimiento al que podía aspirar el individuo del café (Martínez Cuitiño 37).

En la novela *Bohemia revolucionaria* de Alejandro Sux³, el encuentro en el café entre varios parroquianos muestra el contacto entre clases y entre unos individuos que invocan la moral anarquista para procurar objetivos bastante más prosaicos. El protagonista, el joven y talentoso Arnaldo Danel, llega a Buenos Aires para amplificar una celebridad que había logrado en Montevideo. La novela ilustra diferentes momentos de la vida bohemia del poeta revolucionario incluyendo, en las primeras páginas, una reunión en el café, donde corre el rumor de la llegada de la joven promesa. En la descripción se superponen vagas nociones filosóficas y fuertes actitudes vitales: la moral anarquista, el rechazo a la burguesía, la irrupción del individualismo nietzscheano, la conciencia social, y la obsesión por la novedad.

La descripción de Contero, personaje que reúne las características del intelectual tradicional en estos pasajes iniciales, es bastante elocuente del carácter burgués que intenta esconder este hombre de letras. El mismo personaje preocupado por los dictados de la moda, que exhibe su sombrero panamá y agita en el aire sus anillos de oro, se define a sí mismo como un intelectual anarquista más por lo que significa como novedad que por una firme convicción ideológica. El carácter aristocrático, falsamente compasivo y oportunista será la crítica más frecuente en las publicaciones obreras para referirse a los intelectuales, como se analizará más adelante.

Por esta razón, el café fue visto con cierto recelo por el anarquismo más doctrinario: dinámico y peligroso, generador de encuentros productivos pero también de *dilettantes* frustrados incapaces de una mínima disciplina laboral. El café fue considerado por el anarquismo una influencia perniciosa aproximadamente hasta 1890 (Suriano 39), y sólo

³ El argentino Alejandro Sux (1888-?) llegó al anarquismo más bien atraído por el ambiente bohemio y convulsionado del momento. Vinculado a un anarquismo individualista, Sux participó en *La protesta*, fue editor de la revista literaria anarquista *Germen* y tuvo una obra bastante profusa de poesía, novela y crónica. Luego de viajar por numerosos países de Europa y de América, Sux se alejó del anarquismo.

después de esta fecha comenzó a ser frecuentado por los activistas anarquistas. Si resultaba un espacio ambiguo y no del todo confiable para el anarquista obrero o intelectual, fue sin embargo un ámbito privilegiado de contacto que permitió una percepción mutua entre clases. Fuera del café, el anarquismo logró crear toda una red alternativa de organizaciones que establecía una distancia necesaria para intentar preservarse de la moral decadente burguesa permitiendo un contacto más igualitario entre el intelectual y el movimiento obrero. Estas organizaciones fueron los círculos, los centros de estudio y la prensa obrera.

Esta red alternativa de organizaciones se convirtió, en poco tiempo, en una extendida y dinámica red de producción, circulación y consumo cultural. Los círculos, los centros de estudio y la prensa obrera fueron ámbitos novedosos de la actividad anarquista y funcionaron de manera coordinada, ya que muchos de los círculos y centros dependían de un sindicato en particular y, a la vez, financiaban publicaciones obreras. En pocos años, las capitales del Río de la Plata fueron dominadas por una profusa circulación de bienes culturales. Folletos, libros, conferencias y periódicos alcanzaron a una enorme población trabajadora e inmigrante que era dominante en el panorama social pero no estaba contemplada totalmente en los circuitos de la enseñanza oficial⁴.

Esta nueva forma de producción y circulación cultural no sólo estaba dirigida a un público nuevo y proletario. Además era generada por nuevos sectores sociales y difundida por nuevos canales surgidos alrededor de la consolidación del movimiento obrero principalmente a partir del concepto anarquista de “acción directa”, es decir, aquella acción que nacía de los propios trabajadores para lograr sus reivindicaciones sin confiar en ningún elemento no perteneciente a un sindicato (Colson 18-21). Así lo señalaba *La voz del Trabajador* de Montevideo en 1889: “[...] este

⁴ Fue decisiva la actividad del editor e impresor anarquista Orsini Bertani en la industria editorial montevideana. Español radicado en Montevideo, Bertani fue inicialmente distribuidor de los volúmenes de la Editorial Sempère, de gran difusión en el Río de la Plata, y luego instaló una imprenta donde publicó la obra de los escritores uruguayos más importantes, no todos ellos vinculados con el anarquismo: Javier de Viana, Delmira Agustini, Armando Vasseur, Emilio Frugoni, Florencio Sánchez, Ernesto Herrera y Rafael Barrett. Asimismo, la librería de Bertani fue “un centro de tertulia literaria y de conspiración sociológica, mirada

semanario [...] se consagrará [...] a iniciar [a la clase obrera] al estudio y desarrollo de los descubrimientos de las leyes de la ciencia sociológica, que pueden llevarla a su completa emancipación moral y material” (en Zubillaga y Balbis 23).

La acción de los círculos fue una tarea emprendida por los grupos sindicales en estrecha vinculación con la actividad gremial. La acción estuvo orientada a la educación y a la formación integral del anarquista llegando más allá del radio de influencia del sindicato, también llamado “sociedad de resistencia”. La conexión entre el sindicato y el círculo permitía no sólo el contacto entre obreros e intelectuales sino también una circulación de textos y de ideas entre un ámbito y otro, de la proclama publicada en la prensa obrera a la leída en la asamblea (Ghiraldo, *Humano* 154).

El funcionamiento de los círculos varió en intensidad de acuerdo con la situación política y social del momento. En un principio, fueron pequeñas agrupaciones cerradas a otros grupos e integrados por no más de seis personas, con un funcionamiento autónomo que se identificaba con la línea de dos o tres periódicos (Suriano 117). Esta falta de coordinación central aceleró una propagación espontánea en todos los barrios de las capitales hasta alcanzar las zonas urbanas más periféricas. Pasado el cambio de siglo, los círculos crecieron de manera significativa y se transformaron en centros sociales abarcando, además de las tareas de instrucción y educación, una variedad de actividades de esparcimiento. A las lecturas públicas y a las conferencias se agregaron la impresión y la distribución de folletos propagandísticos y libros (también la traducción de obras extranjeras), la organización de concursos literarios, la representación de obras teatrales, la creación de bibliotecas y escuelas libertarias y la enseñanza nocturna para trabajadores e inmigrantes.

Además de la tarea de instrucción y difusión de las ideas libertarias, los centros permitieron desarrollar el proyecto integral del anarquismo abarcando todos los órdenes de la vida, desde la educación y la instrucción hasta el esparcimiento. Se presentaban así como modos de vida alternativos

muy de reojo por los paseantes *burgueses* de la calle Sarandí” (Zum Felde, *Crítica*, 46 énfasis Zum Felde).

al orden burgués pues, además de las tareas de propaganda y educación, organizaban actividades recreativas intentando diferenciarse del modo habitual de entretenimiento de las clases medias (117). La actividad del círculo fue fundamental en el ambiente social y cultural en el Río de la Plata y seguramente la educación alternativa promovida a través de la organización de bibliotecas, lecturas y conferencias haya contribuido de manera significativa al crecimiento de la alfabetización de la población en el período. Tal como señala Zubillaga y Balbis para el caso uruguayo: “El incremento del alfabetismo entre los asalariados no fue [...] el fruto exclusivo de la ampliación de la cobertura escolar formal, sino que se debió en una cuota no despreciable a la autogestión educativa que las organizaciones sindicales o los grupos ideológicos a ellas vinculados fueron capaces de instrumentar” (46). Esta influencia también se debe a la ubicación geográfica de los círculos, que fueron invadiendo la periferia de las ciudades.

La lectura pública y la conferencia, los instrumentos más poderosos de propagación de las ideas del anarquismo, fueron las actividades más frecuentes de los centros y círculos. La sola edición y difusión de la literatura no garantizaba la lectura de los libros o folletos pues, muchas veces, los trabajadores no sabían leer (Suriano 117). La lectura pública hacía accesible la literatura a una audiencia más amplia al tiempo que se presentaba como alternativa a la lectura privada burguesa. Era una lectura guiada que no se realizaba en grandes grupos sino en salas pequeñas de locales obreros. Mientras hacía olvidar por un momento la exigencia del trabajo, la lectura pública permitía al trabajador emplear el tiempo libre para acceder a una instrucción que le revelaba las condiciones de su explotación. El anarquismo tenía una posición muy definida respecto al tiempo libre y básicamente rechazaba la mayoría de las diversiones populares (el fútbol, el carnaval, el baile) por considerarlas “válvulas de escape” del orden autoritario.

Aunque funcionaron en locales y espacios determinados, las conferencias pronto salieron del ámbito de los círculos en “giras propagandísticas” hacia diferentes puntos de la ciudad y del país. Esto contribuyó aún más a la descentralización y a la movilidad de la nueva red

política y cultural. Suriano distingue varios circuitos de conferencias que coexistían en Buenos Aires, uno de carácter literario, donde los conferencistas eran escritores que se dirigían a un público medianamente educado de clase media, y otro de carácter popular dirigido a los trabajadores. Estos circuitos coincidían muchas veces en sus agendas y existía una serie de temas comunes a diferentes circuitos: “patriotismo, militarismo, derechos de la mujer, alcoholismo, higiene, educación, divorcio, cuestión sexual, ética individual, religión” (119). También era diversa la conformación del público participando, tanto anarquistas y socialistas como masones, metodistas y católicos. Esta mezcla no se daba sin conflictos pues, en general, se acusaba a los anarquistas de promover disturbios y agitaciones durante conferencias no anarquistas. Así, el escandaloso *dandy* montevideano Roberto de las Carreras generó, entre otras muchas, una batahola junto a otros anarquistas en el Ateneo de Montevideo “echando de la tribuna al Dr. Amaro Carve que dictaba una conferencia contra el proyecto de ley de divorcio y reemplazándola con un alegato por el ‘amor libre’” (Rama, *Prólogo* 27).

Por último, la prensa obrera anarquista fue el otro ámbito donde coincidieron obreros e intelectuales y donde se promovió la instrucción autodidacta a través de las colaboraciones espontáneas de los trabajadores. Para comprender mejor este encuentro, es necesario trazar previamente algunas características generales de la prensa anarquista. Suriano dedica un capítulo a la descripción del panorama de publicaciones anarquistas argentinas estableciendo orientaciones específicas y prácticas generales. Para el caso uruguayo, Zubillaga y Balbis analizan las generalidades de la prensa obrera y logran establecer algunas conclusiones y clasificaciones dentro del contexto de la historia del movimiento sindical uruguayo.

Además del enorme volumen de publicaciones surgidas en el período, la dificultad que enfrentan estos dos estudios proviene tanto de la diversidad de las orientaciones al interior del anarquismo como de la existencia efímera de las publicaciones. La mayoría de estas publicaciones desaparecía y volvía a aparecer bajo otro nombre, transformadas algunas en folletos, otras veces surgiendo alrededor de un debate específico en el ámbito sindical o con el único objetivo de manifestar una tendencia

contraria a otra publicación ya existente⁵. En su totalidad, la prensa anarquista constituye un volumen de producción tan grande como fugaz y difícil de rastrear. Sin embargo, es difícil afirmar que la intención de la mayoría de las publicaciones fuera permanecer más allá de unas circunstancias específicas. Muchas surgían con el propósito de promover reivindicaciones puntuales y de permanecer sólo el tiempo necesario.

La fragmentación de la prensa anarquista fue básicamente el resultado de la acción de los sectores más doctrinarios del anarquismo que dominaron la mayoría de las publicaciones (Suriano 189-91). Este predominio explica que tal cantidad y volumen fuera también el resultado de la “acción directa”. La profusión de publicaciones con orientaciones diversas y contradictorias era un objetivo del anarquismo: “Si hay quien no gusta de los [periódicos] existentes que creen otros al lado; nada mejor; cuantos más existan mejor se probará que la idea anárquica se extiende” (en *El rebelde* en Suriano 202). Esta fragmentación hacía visible, en el mundo de la representación, la fragmentación del mundo social que proponía el anarquismo.

Esta noción de la anarquía como una fuerza al mismo tiempo productiva y fragmentadora provenía, básicamente, de la influencia considerable de la máxima de Bakunin sobre la destrucción como energía creativa: “Let us therefore trust the eternal Spirit which destroys and annihilates only because it is the unfathomable and eternal source of all life. The passion for destruction is a creative passion, too!” (en Weir 28). La fragmentación del orden social también estaba promovida por una concepción del anarquismo que consideraba al individuo, a la sociedad o a cualquier manifestación humana como una aglomeración activa de entidades en permanente movimiento cualquiera fuera la escala analizada. En otras palabras, el anarquismo consideraba a cualquier individuo como la manifestación de un grupo de componentes y a un grupo como una manifestación de las acciones individuales. Esta concepción destacaba la

⁵ Suriano menciona la creación de *Fulgor* en Buenos Aires para combatir la dirección de Alberto Ghirardo en *La Protesta*, el diario anarquista más importante de Buenos Aires, así como *Rumbo Nuevo* y *Luz y Vida* también para polemizar con *La protesta*.

importancia de cada una de las partes en cualquier comportamiento colectivo. (Kropotkin, *Anarchism* 4)

Desde el punto de vista del anarquismo individualista por un lado, se puede ver el surgimiento de la prensa como una enorme aglomeración de individuos o grupos en permanente enfrentamiento, los cuales, a través de la prédica, generan otros grupos con iguales motivaciones anárquicas. El conjunto de estos enfrentamientos, en definitiva, promovería una anarquía cada vez mayor tendiente al trastocamiento del orden establecido. Desde el punto de vista organizacionista, en el otro extremo, se puede considerar a toda la producción de la prensa obrera como la creación de asociaciones de individuos que luchan, en mutua colaboración, por su existencia en un ambiente de adversidad. Pero cualquiera sea el punto de vista elegido, la prensa anarquista no debe ser estudiada como un simple sistema de producción periodística, pues entonces se la estaría comparando con un sistema tradicional que tiende a una solvencia económica que los anarquistas no siempre procuraron y que, en la totalidad de los casos, no fue el objetivo principal.

La importancia de la prensa anarquista no debe ser evaluada como un asunto de éxito o fracaso editorial. En todo caso, el volumen y la fugacidad deben ser considerados como aspectos del mismo fenómeno. La importancia de la prensa anarquista puede ser analizada en función de sus propios intereses, es decir, de acuerdo con su intención de alterar el orden social, de incidir en los nuevos grupos sociales, de participar junto con los círculos y los centros en la tarea de alfabetizar a las grandes masas de obreros e inmigrantes y en su incidencia en la formación del intelectual autodidacta.

En este sentido, la tarea de la prensa anarquista fue no sólo exitosa sino también poco ingenua. Detrás del lenguaje estereotipado, pseudocientífico, repetitivo, simplificador y apocalíptico que domina a la mayoría de las publicaciones, sean de tendencia individualista u organizativa, se distingue siempre un fluido y abundante intercambio de ideas sobre la producción de la cultura en el cambio de siglo, sobre la consideración de las nuevas clases sociales emergentes como un nuevo público lector, se distingue la apropiación del lenguaje culto por las clases

menos educadas, la “incorrección” gramatical y estilística como forma de resistencia cultural, la particular concepción de alta cultura por parte de las clases populares, la importancia de la instrucción autodidacta, y la reflexión de la tarea crítica que debía llevar adelante el intelectual anarquista, entre muchos otros aspectos.

La formación autodidacta

En principio, la instrucción del obrero fue parte de la acción anarquista sindical entendida como “acción directa”, es decir, aquella acción dirigida a acciones concretas y sin ningún tipo de intermediario o representante. En la acción directa se encuentran las formas más visibles de la acción sindical, entre ellas las huelgas, las demostraciones y los sabotajes. La acción directa surgió de una percepción del movimiento sobre sí mismo, es decir como formando parte de un contexto social dominante al que no podía confiarle ninguna voluntad para su liberación (Colson 18-19). En definitiva, la acción directa privilegia una acción determinada que sólo puede partir de los intereses de clase, pues solamente de ella depende la liberación del trabajador. Si el trabajador no podía acceder a los circuitos de educación oficial, al mismo tiempo el anarquismo veía en esta formación una forma de perpetuar la dominación. De esta forma, la acción directa fue el fundamento de la instrucción del obrero y, como modalidad educativa, fue adoptada también por el nuevo mundo intelectual anarquista con el que estuvo en permanente y conflictivo contacto. El problema principal con que se enfrentó el intelectual anarquista fue establecer quién estaba habilitado para instruir al obrero en una educación orientada de acuerdo a las necesidades de los trabajadores, en tanto el autodidactismo en sentido estricto por parte del obrero no parecía posible sin la orientación del intelectual anarquista⁶.

El debate sobre el intelectual anarquista como representante del trabajador será tratado más adelante en profundidad. Lo importante ahora es analizar el contacto entre obreros e intelectuales a partir del cual, posiblemente, los intelectuales pudieron tomar elementos para definir su

⁶ Nicolás Quiroga señala, hacia la década del 40 y para el caso argentino, la excepcionalidad del autodidactismo como experiencia estrictamente individual y la participación necesaria de familias, redes de amigos, vecinos o cofrades (11).

propia autonomía. En el pasaje siguiente, la anarquista ítalo-uruguaya Luce Fabbri⁷ describe la tarea orientadora y pedagógica de su padre en su exilio montevideano al frente, precisamente, de dos periódicos que le requerían la corrección de artículos escritos por obreros con escasa instrucción:

Recibía colaboraciones de distinta procedencia y de distinto nivel, tanto de intelectuales como de obreros. Algunas de estas últimas, procedentes de obreros ya fogueados en la lucha y en el modesto periodismo proletario, no se distinguían de las de los colaboradores más cultos. Pero otras, de compañeros que apenas tenían en su haber tres o cuatro años de escuela primaria y habían leído desordenadamente, al azar de lo que encontraban, eran sin ninguna duda impublicables. Mi padre las corregía, frase por frase, o bien las volvía a escribir, conservando en lo posible las mismas palabras, tratando de ser fiel al concepto y, luego, proponía la nueva redacción al autor, explicándoles las razones de cada cambio: un trabajo engorroso y cansador, pero que tenía su recompensa cuando de la misma persona empezaban a llegar artículos cada vez más ordenados y correctos. (Fabbri, *Autodidactismo 2*)

La corrección de artículos establecía un acercamiento mucho mayor a las clases populares, un contacto personal e individual. Este carácter individual del encuentro era la causa de “lo engorroso” de la actividad, porque la corrección se debía hacer de manera diferente para cada trabajo. El intelectual se enfrentaba a una escritura pobre tanto sintáctica como gramaticalmente y en su tarea de reescribirlo debía priorizar el carácter individual del texto (“tratando de ser fiel al concepto”). La individualidad del texto, acaso su originalidad conceptual, debía ser preservada a toda costa pues allí residía su único interés. No era el estilo lo que era relevante sino la existencia de un concepto que el obrero manifestaba a tientas y que el hombre de letras debía saber interpretar, preservar y vehicular.

Esta preservación de un sentido original se aseguraba luego en la consulta del intelectual con el autor y en la explicación de las modificaciones introducidas, que era el momento de la tarea orientadora propiamente dicha. Aquí es importante distinguir por qué se trataba de una tarea orientadora educativa y no de una instrucción al estilo tradicional.

⁷ Luce Fabbri (1908-2000) llegó a Uruguay en 1930 junto con su padre Luigi Fabbri, uno de los teóricos principales del anarquismo italiano, huyendo del fascismo. Fue una de las personalidades más importantes del anarquismo uruguayo e internacional, fundó y dirigió revistas anarquistas y dirigió la Cátedra de Literatura Italiana de la Universidad de la República de Uruguay.

Por un lado, el carácter individual de los encuentros se distinguía de una enseñanza tradicional donde los conocimientos se transmiten a un grupo de individuos generalizando las capacidades y las inquietudes individuales de acuerdo con criterios estandarizados de rendimiento y evaluación. Por otra parte, la consulta del intelectual con el escritor estaba dirigida no sólo a proporcionar los elementos de un sistema de escritura (reglas gramaticales en este caso) sino también a discutir las razones que llevaron al escritor a escribir como lo hizo. Esta negociación estaba orientada a preservar el sentido original del texto y eventualmente a enriquecerlo. Pero lo importante es que la corrección implicaba la presencia del escritor estableciendo una vinculación estrecha entre el individuo y su producción. Esta consideración provenía de la concepción anarquista que rechaza la división del trabajo y que exige una conciencia alerta del productor sobre todos los pasos de producción.

En este aspecto, también es necesario señalar la diferencia de la tarea orientadora respecto del periodismo tradicional. La tarea del editor convencional consiste en corregir, modificar o cortar los textos de acuerdo con reglas estipuladas por el medio y aprobadas de antemano por el periodista, de forma tal que la negociación o el consenso sobre el significado se vuelven prácticamente irrelevantes. En definitiva, las tareas del editor y del autor son producto de la especialización del trabajo y atentan, para el anarquismo, contra una producción integral.

El pasaje de Fabbri revela también la mirada atenta e interesada del intelectual anarquista sobre las manifestaciones de la cultura de los sectores populares. El lento y arduo proceso de enseñar a escribir incluye una etapa final de publicación habilitando nuevas agencias culturales a sectores sociales hasta el momento despreciados por los circuitos tradicionales. Es posible suponer entonces que la instrucción al obrero permitió al intelectual pensarse a sí mismo desde su marginación en su propio ambiente intelectual y que la acción directa promovida desde el anarcosindicalismo podía ser adoptada y aplicada fuera del movimiento obrero. En definitiva, la acción directa no se limitó al ámbito obrero desde que comprende “efectivamente la totalidad de las actividades del ser humano y de sus relaciones con el mundo, desde la lucha social hasta la

pintura, desde la filosofía hasta las relaciones de cortesía” (Colson 19). La acción directa no se manifiesta de una forma idéntica sino en formas imprevisibles de acuerdo con las circunstancias particulares⁸. No se trataba solamente de una apropiación o aplicación del concepto de acción directa por el intelectual fuera del ámbito obrero, sino que además el contacto estrecho entre obreros e intelectuales anarquistas definió una influencia mutua entre modalidades educativas contribuyendo a crear un ambiente cultural mucho más amplio y dinámico, integrado por obreros alfabetizados e intelectuales propagandistas. El resultado de este proceso se puede analizar en detalle en los pasajes siguientes de Luce Fabbri en su tarea de instruir a un albañil italiano en Montevideo.

Fabbri describe su trabajo orientador en la educación de un inmigrante friulano, a quien señala como su “amigo”. Cuando lo conoció—recuerda Fabbri—su instrucción autodidacta era doble: frecuentaba la casa de un estudiante de arquitectura que lo orientaba en el dibujo técnico—un estudio necesario para perfeccionar su oficio—y al mismo tiempo estudiaba sociología, filosofía e historia—una necesidad derivada de su anarquismo. En esta segunda actividad, el albañil era orientado por Fabbri, quien era maestra y, a los efectos de la instrucción, seguía algunas líneas pedagógicas propuestas por la enseñanza secundaria uruguaya. Cuando conoció al trabajador, él “no hacía más que leer, pasando de un libro a otro, que él buscaba por haberlo encontrado citado en el primero” (2).

La instrucción autodidacta de este albañil estuvo vinculada, originalmente, a la necesidad de adquirir no sólo el español sino el italiano, que tampoco dominaba. Así, se puede establecer para este caso un lento proceso del perfeccionamiento de la instrucción iniciado con el estudio de un lenguaje en tierra extranjera. La necesidad de la instrucción continuó luego en el perfeccionamiento de las habilidades del oficio. Por último, el obrero entendió la autoinstrucción como vehículo para una toma de conciencia de clase y, en última instancia, de liberación.

⁸ La instrucción autodidacta estaba también en consonancia con interpretaciones y versiones de la otra gran corriente que invadía los cafés: el pensamiento nietzscheano, que exaltaba el individualismo y promovía la acción por encima de la palabra.

La fase inicial de la instrucción autodidacta aparecía como una acción individual en respuesta a un contexto adverso que el trabajador debía enfrentar munido de su ingenio, de su voluntad y de su sentido común. Sin embargo, el propio trabajador advierte la falta de sistema en esta fase inicial y la necesidad de adquirirlo por parte de un intelectual en las fases siguientes. Esta orientación no se dirigía tanto a la interpretación de los contenidos sino a proporcionar los medios para adquirirlos pues, en definitiva, la falta de un sistema de aprendizaje le hacía correr el riesgo de volver a empezar de cero frente a cada nuevo asunto.

Fabbri transmite la idea de un individuo que no podía dejar de leer una sola palabra ante la posibilidad de perder una revelación que se le escapaba de las manos a cada momento. Para el albañil, parece que la única forma de adquirir el conocimiento fuera una revelación misteriosa, como surgida a partir de un largo e interminable proceso acumulativo:

No había buscado nunca una gramática. Consideraba esa disciplina como algo superior a sus posibilidades y creía que en ella estaba el secreto del idioma: quien penetrara en ella resolvería el misterio, para él fascinador, de por qué las cosas se llaman como se llaman y no de otra manera. Cuando descubrió conmigo que se trataba simplemente de una clasificación, en lo posible racional, de lo que él ya sabía, no lo podía creer. Fue una de sus peores desilusiones. (Fabbri, *Autodidactismo 2*)

El misterio que representaba el conocimiento para quien se sentía por fuera de un sistema racional de aprendizaje podía ser eliminado a través de la instrucción. Este misterio, este carácter sobrehumano del funcionamiento del lenguaje, era el motivo que, paradójicamente, lo impulsaba a seguir adelante con sus lecturas. La desilusión no provino, sin embargo, de la revelación del misterio, sino de la comprobación de que no había misterio alguno y de que el origen del lenguaje no es más que una convención que opera de acuerdo con una organización racional. El misterio como parte de un proceso de aprendizaje remitía a formas ancestrales de adquirir, este albañil, su formación manual, tal como lo hacían, de sus maestros los mejores aprendices: como recibiendo un gran secreto.

Cuando llegamos, en geometría, al estudio del Teorema de Pitágoras, él pegó un brinco: “¡Entonces era eso!” y me explicó: en Italia, cuando era aprendiz adelantado en la construcción, el capataz

le confió un secreto del oficio, que tradicionalmente se transmitía a los aprendices mejores bajo promesa de no revelarlo. Se trataba de un procedimiento para fabricar con un piolín un ángulo recto para verificar por ejemplo, que una pared divisoria se levantara perpendicularmente a la principal. El secreto consistía en los tres números mágicos 3,4,5. [...] Era fácil ver cómo en los tres números, trasladados a un triángulo rectángulo se verifica el Teorema de Pitágoras. (Fabbri, *Autodidactismo* 3)

El trabajador concebía una forma de transmitir el conocimiento que remitía a sus propias tradiciones de aprendizaje. La importancia de proveer de un sistema permitía al individuo contextualizar su estudio, eliminar toda sospecha o cualidad sobrenatural del conocimiento y descubrirle, por el contrario, su dimensión humana. La sistematización del conocimiento, la capacidad del individuo por comprender y de hacerse comprender por una comunidad de iguales, le permitía percibirse a sí mismo en una relación más igualitaria respecto al acceso a la instrucción. Hasta el momento, el albañil había incorporado concepciones estereotipadas y aristocráticas del acceso al conocimiento y a la cultura, a los cuales concebía como privilegios que sólo merecían ciertas mentes que se iluminaban de un día para el otro, una noción que probablemente heredaba de las condiciones de explotación. El lastre de haber concebido a la cultura de este modo le daba una inseguridad que permanecía a pesar de sus progresos notorios (Fabbri, *Autodidactismo* 3-4).

La instrucción autodidacta lograba promover un carácter igualitario y democratizador del acceso al conocimiento a partir de una actividad individual donde el intelectual participaba orientando periódicamente. Fabbri se enfrenta entonces al problema de considerar el éxito del autodidactismo como actividad individual en relación con su proyección social: “El autodidactismo es (o mejor ‘era’) un hecho eminentemente individual, aunque, durante un siglo, tuvo importancia colectiva” (4). En otras palabras, el autodidactismo fue una modalidad de aprendizaje que adoptaron algunos trabajadores de manera exitosa desde el punto de vista individual, pero su alcance es difícil de determinar en el contexto específico del movimiento obrero. En este sentido, Fabbri reflexiona acerca del alcance de una actividad que estuvo limitada a los pocos individuos que la practicaron. Sin embargo—afirma—el autodidactismo tuvo una

importancia “histórica” (5). Su incidencia fue minoritaria en el contexto de la burocracia sindical, pero su influencia “se expande capilarmente en la base social” (5). Esto permite suponer que la instrucción autodidacta tuvo ramificaciones inesperadas fuera del ámbito sindical logrando penetrar, como mecanismo educativo, en otros sectores sociales.

Es probable que los intelectuales autodidactas hayan incorporado a sus propias rutinas estos sistemas de aprendizaje al mismo tiempo que los descubrían para el obrero, de tal modo que la orientación al obrero pudo haber sido también una forma de autoinstrucción para el intelectual. En todo caso, se puede afirmar que, gracias a su tarea orientadora, el intelectual perfeccionó no sólo sus métodos pedagógicos sino también sus modos particulares de aprender él mismo, al eliminar ciertos prejuicios y estereotipos que también tenía sobre métodos educativos tradicionales. En este contacto entre obrero e intelectual se puede hablar no tanto de una enseñanza recíproca sino más bien de una instrucción compartida en muchos aspectos. Es decir que la inquietud específica del obrero debía encontrar en el orientador una alta capacidad de adaptación, muy plástica, a las circunstancias para alcanzar el éxito.

Conmigo estudió filosofía e historia en orden cronológico y descubrimos juntos el valor de los manuales. Yo siempre había tenido una posición crítica frente a la enseñanza tradicional y aún la tengo, pero él me hizo tocar con las manos los aspectos positivos que, a pesar de todo, tiene y que proceden de una experiencia plurisecular que remonta al cuadrivio y al trivio medievales. (Fabbri Autodidactismo 3, énfasis mío)

Es posible suponer también que las modalidades de autoinstrucción hubieran sido compartidas por aquellos intelectuales que no tuvieron una participación directa en el movimiento obrero, pero que visitaban periódicamente las conferencias y las bibliotecas de los centros y círculos. Quizás en este contacto con el movimiento sindical, el nuevo intelectual veía posibilidades estratégicas nuevas para enfrentar el predominio del letrado tradicional y profesional. La fuerte conciencia de clase obrera pudo haber estimulado en el intelectual una conciencia de comunidad intelectual que también podía ser reivindicada.

Esta conciencia se percibe muy claramente en la permanente autorreferencia de las comunidades intelectuales en las publicaciones de

escritores anarquistas del período, en la promoción constante entre colegas y militantes no sólo a través de la prensa sino también de los trabajos críticos, por ejemplo, de Juan Más y Pí sobre la obra de Alberto Ghiraldo, en los de Rodolfo González Pacheco sobre Florencio Sánchez, Rafael Barret o Ernesto Herrera, en el panorama intelectual anarquista de la época trazado por Alejandro Sux o en la crónica de personalidades de Vicente Martínez Cuitiño en el *Café de los Inmortales*. Todos ellos promovieron la idea de una generación que llegaba a renovar el ambiente cultural agitando las banderas de una rebeldía que tomaban, entre otras influencias, del movimiento obrero, la gran novedad social de la época. La conciencia de clase del movimiento sindical les permitía identificarse ellos mismos también en términos de clase, porque eran intelectuales cuyas familias no pertenecían a las clases más acomodadas de la sociedad sino que, en su mayoría, fueron descendientes de los primeros inmigrantes que habían consolidado una cierta prosperidad económica en base a su actividad comercial o, por otro lado, de familias aristocráticas venidas a menos. A continuación voy a analizar el perfil y las características de este nuevo tipo de intelectual.

El intelectual autónomo

Es necesario trazar ahora la conformación general del panorama intelectual en su relación con el anarquismo. Para el trazado de este mapa, voy a partir de las clasificaciones realizadas por Suriano y Hernán Díaz y proponer, a su vez, tres grupos de intelectuales: el obrero intelectualizado⁹, el intelectual doctrinario, y el intelectual autónomo. La dificultad para establecer límites definidos entre uno y otro revela, sin embargo, el dinamismo y complejidad de la vida intelectual del período.

El primer grupo fue ilustrado con el obrero albañil. En su mayoría, este grupo estuvo integrado por trabajadores manuales que adquirieron una formación autodidacta y estuvieron muy vinculados a la actividad de los círculos y los centros. Fueron también redactores de publicaciones anarquistas y llegaron a participar como actores en grupos filodramáticos (Díaz, “Intelectuales” 1). En casi la totalidad de los casos, los obreros

⁹ Díaz denomina a este grupo el de los “intelectuales medios”.

ilustrados no llegaron a ocupar cargos de responsabilidad en las publicaciones¹⁰ ni tuvieron una tarea destacada como intelectuales. Estos obreros autodidactas nunca obtuvieron títulos profesionales, tal como lo señala “Un obrero estudioso” en un artículo de *La Protesta*, que agrega más datos a la figura del intelectual de este primer grupo:

Por más que estudiemos los obreros no llegaremos nunca a ser abogados, médicos ni ingenieros, está bien; pero aprendiendo algo más de lo que sabemos, seremos menos ignorantes y menos presumidos también y los diplomados no tendrán el gusto de vernos escuchándolos con la boca abierta. Les comprenderemos, podremos hacerles observaciones y no nos dejaremos engañar por ellos. Y es por esto mismo que a ellos no les conviene que nos instruyamos, pero a nosotros sí. (Un obrero estudioso, “El proletariado intelectual” en *La Protesta*, 13 de noviembre de 1913)

Quizás este solitario artículo haya sido corregido por un editor—tal como hacía Luigi Fabbri en sus periódicos. Pero al leer el artículo del “obrero estudioso”, se tiene la impresión de que el escritor exhibe pericia en el manejo de un vocabulario rico y en articular pensamientos complejos en pocas palabras. La capacidad escritural de este obrero no es sólo sofisticada. También carece de todos los elementos retóricos típicos de la literatura anarquista. Es una escritura simple y directa que integra con naturalidad los términos del habla popular junto con conceptos abstractos y contextualizaciones históricas haciéndolas más accesibles. La calidad de esta escritura contradice un cierto complejo de inferioridad que el mismo escritor manifiesta desde su condición de obrero, debida quizás al resentimiento de clase que Fabbri había señalado para su amigo albañil. Lo relevante es que el “obrero estudioso” se sienta parte de una “nueva clase” que es, a su vez, la representante de una nueva cultura, a la que denomina “cultura popular”. Sigue el “obrero estudioso”:

Entre las muchas razones de que se valen los enemigos de la cultura popular para combatirla, una es que el aumento de la cultura popular se debe a la formación de una nueva categoría de individuos a la que denominaron proletariado intelectual. Y afirman esos señores que la formación de esa nueva clase es un mal para sus componentes y para la sociedad entera ¿Será esto cierto? Voy a

¹⁰ Suriano destaca la actuación del tipógrafo Torrens Ros, de los panaderos Joaquín Hucha y Francisco Berri y del carpintero Inglán Lafarga, de origen catalán, quien tuvo una actuación destacada en el anarquismo argentino como director de *La Protesta Humana* desde 1897 hasta 1902.

examinarlo aquí como también las consecuencias que ese hecho puede traer, porque se relaciona muy estrechamente con la cultura popular de la cual he sido y soy un tenaz propagandista. (Un obrero estudioso, “El proletariado intelectual” en *La Protesta*, 13 de noviembre de 1913)

El pasaje destaca la presencia de un nuevo tipo de intelectual, un obrero, en el panorama cultural, que era percibido como una amenaza. El artículo intenta demostrar que este nuevo tipo estaba llevando adelante su instrucción no tanto para obtener un ascenso en la sociedad o para ejercer una profesión liberal, funcional al sistema establecido sino, por el contrario, como un modo de enfrentar este orden. En ese sentido, se puede señalar la capacidad del anarquismo por emplear los elementos ofrecidos por un orden dominante, en este caso una educación sistemática, ubicarlos fuera del contexto de la enseñanza oficial y apropiarse de ellos con el objetivo de enfrentar el orden establecido donde esos elementos fueron creados.

El segundo grupo, integrado por los intelectuales doctrinarios, tuvo una relación cercana y de estrecha colaboración con el movimiento obrero. Fueron los responsables, junto con los obreros y obreros intelectualizados, de la organización de círculos y del establecimiento de centros porque fueron difusores muy activos del pensamiento anarquista. En este grupo se puede ubicar, como ejemplos notorios, a los mencionados Luce y a Luigi Fabbri, intelectuales que, en estrecho contacto con el obrero, desarrollaron la difusión de las teorías anarquistas en tareas de prensa y de propaganda así como de orientación en la instrucción autodidacta.

El trabajo en conjunto de obreros e intelectuales es fundamental para comprender la visión del anarquismo respecto a la división del trabajo. Esta colaboración afirmaba el rechazo anarquista a la división entre trabajo manual e intelectual, una distinción impuesta por la educación tradicional, como fue visto. Algunos de los intelectuales del segundo grupo mantuvieron, en su defensa de la doctrina, relaciones conflictivas respecto a la lucha de clases promovida por la mayoría del movimiento obrero, pues consideraban que su tarea se limitaba solamente a la instrucción y a la capacitación de los trabajadores para orientarlos en el camino de la revolución y por lo tanto no debían participar de las instancias

propias del sindicalismo. En su rechazo a concebir la división de clases, este sector del anarquismo consideraba a la acción gremial como un recurso táctico, temporario en un contexto más amplio de afirmación universal y policlasista. En este sentido, las organizaciones gremiales tenían la función de lograr sus reivindicaciones con el propósito de obtener, los trabajadores, un mejor desarrollo físico y espiritual “para desarrollar un espíritu de rebeldía y solidaridad” (Suriano 99). Este grupo de intelectuales consideraba su actividad como una tarea de iluminación y esclarecimiento que tuvo una enorme difusión entre las filas del anarquismo.

Por último, existió el grupo de los intelectuales propiamente dichos, aquéllos que Díaz distingue como los “intelectuales en el sentido más corriente de la palabra: los poetas, pintores, dramaturgos, educadores, etc. que rodearon al anarquismo y que tenían una práctica intelectual *específica* y *autónoma* respecto del movimiento” (Díaz, “Intelectuales” 1, énfasis de Díaz). Estos intelectuales fueron numerosos y ocuparon los lugares más importantes de la literatura y del arte de la época. Entre ellos, Díaz destaca la participación de los argentinos Armando Discépolo, Defilippis Novoa, Rodolfo González Pacheco, Macedonio Fernández, Evaristo Carriego, Evar Méndez, José de Maturana, Alberto Ghirardo, Vicente Martínez Cuitiño y José González Castillo, a los que se puede agregar a los uruguayos Florencio Sánchez, Edmundo Bianchi y Ángel Falco.

Este grupo de intelectuales presenta las mayores dificultades para definirle sus límites y alcances. Muchos de ellos mantuvieron relaciones estrechas con el anarquismo y es posible afirmar que mantuvieron mayores inclinaciones hacia el individualismo anarquista que los intelectuales doctrinarios, más involucrados con las tareas del sindicalismo, pero sin ser totalmente individualistas. Durante algún momento de sus vidas, estos intelectuales realizaron actividades de organización y de difusión de las ideas anarquistas, colaboraron en la prensa anarquista y participaron de conferencias, enseñanza y veladas culturales (Suriano 130) a la par de obreros intelectualizados e intelectuales doctrinarios. Y aunque fueron capaces de ver en el anarquismo aspectos de una vanguardia intelectual, su compromiso con el anarquismo fue, ciertamente, más débil y esporádico que en el caso de los dos primeros grupos.

La singularidad de este nuevo grupo fue, en primer lugar, su enorme libertad y autonomía para moverse en el nuevo panorama sociocultural. Estos intelectuales no rechazaron el contacto con los circuitos oficiales de producción, distribución y consumo de cultura. Muchos de ellos estrenaron sus obras en los teatros más importantes de Buenos Aires y Montevideo y escribieron sus crónicas en revistas de consumo masivo dirigidas al público “burgués”. Tanto Suriano como Díaz señalan la participación de estos intelectuales en el mundo del anarquismo como un paso previo a su actividad como periodistas profesionales, como es el caso de Félix Basterra, Alejandro Sux, Julio Barcos, Alberto Ghirardo y Florencio Sánchez (Suriano 206) o como un momento de experimentación y consagración previa, para luego alejarse del anarquismo y ampliar su celebridad en el circuito comercial, como José de Maturana, Evaristo Carriego o el mismo Sánchez.

La autoinstrucción fue, para muchos de estos intelectuales, la única posibilidad de entrar en contacto con una tradición literaria, con autores y obras distintos a los promovidos por la enseñanza oficial que estaban a disposición en bibliotecas de centros y círculos. Las colecciones de estas bibliotecas no estaban restringidas a las obras doctrinarias sino que intentaban abarcar toda la producción literaria posible de acuerdo con una “reverencia a la cultura” (Litvak, “Estudio”) que los anarquistas manifestaron y que determinó la enorme mezcla y profusión de lecturas.

La lucha del anarquismo por el acceso igualitario a la cultura promovió el acercamiento de individuos originalmente más alejados del anarquismo y del movimiento obrero quienes, en su necesidad de autoinstrucción, pudieron recorrer los nuevos circuitos alternativos de conferencias y bibliotecas. Como otra vía de instrucción autodidacta, la prensa anarquista fue también un ámbito de experimentación abierto a una escritura que no estaba pendiente de las exigencias dictadas por el mercado editorial y donde los escritores pudieron ensayar sus habilidades con otras libertades. La escritura para ser leída en voz alta en asambleas sindicales, en lecturas públicas o incluso en el café frente a una audiencia crítica, dio al autor la posibilidad inmediata de comprobar el éxito o el fracaso de su tarea. A medida que el escritor perfeccionaba su escritura—del mismo modo que lo hacía el obrero instruido—fue adquiriendo cierta autonomía y

afirmando una confianza en sí mismo que le permitió trascender el ámbito exclusivo del anarquismo sindical para circular luego, con la garantía del éxito obtenido y el aval de la nueva comunidad, por entre los circuitos oficiales.

Esta nueva capacidad para moverse con autonomía entre circuitos oficiales y alternativos fue un atractivo principal de la figura del intelectual autodidacta, aunque también una fuente de conflictos dentro del movimiento anarquista. El conflicto se dio, en particular, con los intelectuales doctrinarios, del segundo grupo, más comprometidos con la actividad propagandística y el movimiento sindical. El deambular despreocupado por los distintos ámbitos culturales y sociales, así como su participación en el mercado de bienes culturales, era visto por los doctrinarios como un simple afán burgués de figurar. Del mismo modo, los doctrinarios veían esta participación en los circuitos anarquistas como un mero oportunismo para lograr cierta legitimación, una fachada de compromiso que le permitía asegurarse el reconocimiento en ámbitos alternativos y populares.

La lucha interna entre intelectuales más y menos doctrinarios se puede analizar en distintos artículos de la prensa anarquista. En particular voy a analizar una polémica suscitada a partir de la participación del mencionado Alberto Ghirardo en el tercer congreso de la Federación Obrera Argentina (FOA) en junio de 1903. En esta oportunidad Ghirardo, una figura respetada en ámbitos sindicales e intelectuales, participó representando a los trabajadores portuarios de Villa Constitución. La participación provocó un intenso debate acerca del papel de los intelectuales como representantes del movimiento obrero. El análisis de esta polémica fue realizado por Díaz con el objetivo de distinguir las diferentes posiciones ideológicas existentes al interior del anarquismo. Para este caso, sin embargo, voy a dejar de lado las diferencias entre las posiciones para buscar, en los argumentos de cada una, aquellos elementos que contribuyeron, en su conjunto, a elaborar un perfil más preciso del nuevo intelectual.

El primer artículo apareció en *El Sol*—una publicación dirigida por el mismo Ghirardo—en defensa de la participación de los intelectuales

como representantes de los trabajadores. El periodista y propagandista Camilo de Cousandier justifica la participación de Ghiraldo afirmando que tanto obreros como intelectuales son víctimas de una misma explotación:

Establecer distinciones entre explotados, entre hombres condenados á vender su brazo ó su cerebro, es absurdo. ¿Acaso unos y otros no arrastran igualmente su vida á través de una misma esclavitud? ¿Qué importa la diferencia de las cadenas, si unos y otros llevan igualmente cadenas? (De Cousandier “Obreros: manuales e intelectuales” en *El Sol*, 15 de junio de 1903).

La afirmación interesa no tanto por negar la distinción de clases sino por suponer que existe un intelectual distinto al intelectual tradicional, es decir, que actúa desde la condición de explotado. Al mismo tiempo que el anarquismo estaba luchando para dar al obrero un lugar primordial en el camino de la revolución le daba a este intelectual explotado una agencia similar, igualmente inédita. En última instancia, Cousandier no llegaba a negar la diferencia de clases sino que señalaba la irrelevancia de establecerla para los efectos prácticos de la lucha contra el mismo enemigo (“¿Qué importa la diferencia...?”). De este modo define el lugar del nuevo intelectual de acuerdo con una doble distinción que determina una tercera posición: distinta con respecto al obrero y distinta con respecto al letrado tradicional. Es interesante la observación de Cousandier, por otro lado, porque permite pensar en una escritura como una tarea que permite superar la alienación pero que esconde, al mismo tiempo, el riesgo de quedar atrapado en ella.

Desde *La Protesta Humana*, responde el también propagandista Juan Creaghe, opuesto a la participación de Ghiraldo, quien afirma la existencia de las clases como una situación establecida de hecho y que debe ser contemplada. Lo significativo de su réplica es la observación del intelectual como un peligro o una amenaza a la lucha del movimiento sindical, ya que tradicionalmente se había plegado a los intereses de la burguesía. No se trata sólo de una desconfianza hacia la cultura tradicional ni hacia la actividad intelectual sino hacia quienes reclaman ser sus representantes.

Ahora bien, existiendo de hecho estas clases o castas, la cuestión es si uno de los intelectuales, que siempre ha llevado como casi todos ellos una vida burguesa, está en condiciones de representar á un

gremio de trabajadores manuales. (Creaghe “Obreros manuales e intelectuales” en *La Protesta Humana*, 20 de junio de 1903)

En la réplica hay una sutil resistencia a la generalización en el “como casi todos ellos” de algún modo ofreciendo la posibilidad de un intelectual capaz de no llevar una vida burguesa. Ante la escasez de excepciones, Creaghe prefiere negar la participación del intelectual como representante del obrero, pero sin negar la posibilidad de que exista un intelectual no burgués o por lo menos crítico del estado de cosas.

El peligro ante la existencia de intelectuales advenedizos que buscaban el beneplácito de los revolucionarios también es advertido en la defensa del intelectual, propuesta ahora por Altaïr, quien se agrega a la polémica desde las mismas columnas de *La Protesta Humana*. Aunque su posición enfrenta a Creaghe y defiende la participación de los intelectuales como representantes del movimiento obrero, el pasaje coincide con el anterior en cuanto al peligro que representan los intelectuales autónomos:

Se comprenden ciertas prevenciones y temores ya que tantas veces el obrero fue y es víctima de vividores disfrazados de amigos, sabandijas de procedencia y de alma netamente burguesas que buscan gloria barata y puestos rentados, fácilmente aquistables si logran dar la castaña al pueblo trabajador; pero hágase al menos una distinción estableciendo, pongo por caso, la diferencia que existe entre intelectuales como Kropotkine y Grave que viven, y muy legítimamente, del trabajo intelectual que efectúan—y esa otra caterva de “intelectuales” cuyos actos y pensamientos tienden a consolidar el crimen burgués; que se arriman al obrero más por conveniencia propia que por simpatía; que cantan en verso la Revolución social y el amor libre, más por hacer figuras retóricas que pasman a los *diletantes* de la literatura que por convicción propia. Esta última especie de “intelectuales” es de sobra conocida: el buen sentido de los obreros se encarga siempre de alejarla. (Altaïr “Manuales e intelectuales: contribución al debate” en *La Protesta Humana*, 27 de junio de 1903, énfasis de A.)

Si las posiciones contrarias hasta el momento coincidían respecto a los peligros que representaba la nueva figura, Altaïr se distancia de Creaghe para justificar la independencia y autonomía de acción del intelectual. Esto constituye un aporte fundamental y definitivo para este análisis, porque permite hacer comprender la vinculación que tuvo el individualismo y la autonomía anarquistas en la definición de una tarea intelectual que debía estar orientada hacia la crítica del orden social:

El que siente la necesidad de luchar tiene el derecho de hacerlo donde lo crea necesario: en los salones, para avergonzar á los burgueses clasificando sus iniquidades: en las corporaciones obreras, para animar el espíritu y robustecer la mente de la familia proletaria. A nadie corresponde indicar, y menos imponer, el lugar que cada individuo debe ocupar en este especial combate: *á él y sólo á él corresponde el derecho de elegir el puesto que más en consonancia esté con su temperamento, con su capacidad, con su estado social y psicológico* (Altaïr “Manuales e intelectuales: contribución al debate” en *La Protesta Humana*, 27 de junio de 1903, énfasis mío).

La autonomía adjudicada al intelectual es ahora completa. La circulación del intelectual por los ámbitos burgueses no representaba, de parte del intelectual, una obediencia de clase sino la posibilidad de acceder a otros ámbitos para analizarlos y hacia donde dirigir su crítica. La preferencia por frecuentar determinados espacios está reservada al carácter individual de cada uno, carácter que define las características específicas de la lucha de acuerdo “con su temperamento”. Así, no sólo se justificaba la presencia del intelectual en ámbitos burgueses. Cualquier forma de impedirle al intelectual participar de las instancias de cualquier debate, para este caso el ámbito sindical, estaba revelando una imposición que debía ser rechazada. Esta defensa de la iniciativa individual es, para el anarquista, no sólo un derecho sino la fuente de los mayores logros de toda tarea intelectual, tal como señala inesperadamente “Un estudiante” desde *La Protesta Humana* en defensa de la línea participativa:

Para vivir con su (sic) imaginación fecunda y realizar sus propias aspiraciones, es menester que los artistas y literatos trabajen, ellos también, para realizar moral é intelectualmente á la masa, y que comprendan que su particular desenvolvimiento (sic) y cultura se debe á la intelectualidad de todos; han de saber en fin, que la sociedad no admite esclavos sino un cambio mútuo de servicios entre iguales.

El sabio, también él, debe comprender que la ciencia no es un dominio privado, reservado tan solo á algunos iniciados pontificando delante de un público de ignorantes crédulos.

Malgrado la comprensión intelectual que, desde siglos atrás, gravita sobre la humanidad, la ciencia ha podido progresar y desenvolverse merced al espíritu crítico de las individualidades subversivas, refractarias a las enseñanzas oficiales.

Ella debe pues, existir al alcance de todos, siendo accesible á todas las aptitudes, a fin de que ese espíritu crítico que la salvó del obscurantismo, contribuya a apresurar su pleno florecimiento. (Un

estudiante, “Tiempos nuevos” en *La Protesta Humana*, 18 de julio de 1903).

Con la intervención del anónimo estudiante, la definición del nuevo intelectual llega a su mejor detalle. Por un lado, el intelectual tiene como función la educación de la sociedad porque es a partir de una sociedad educada que tanto mejorará su propia tarea. Al establecer este equilibrio entre intelectuales y el resto de la sociedad, el estudiante establece una relación de reciprocidad que determina, en el intelectual, su condición de hombre común, miembro de la sociedad que debe, con su trabajo, contribuir al bien social. Su tarea intelectual debe ser, inicialmente, individual y autónoma para permitir y garantizar una distancia crítica respecto de las tendencias dominantes. La tarea intelectual, entonces, debe tener independencia de acción respecto del poder político y de cualquier otro poder y debe ser accesible a todos por igual.

Bibliografía

- Bakunin. “Stateless Socialism: Anarchism”. *Anarchy Archives*. 28 de marzo de 2003.
<http://dwardmac.pitzer.edu/Anarchist_Archives/bakunin/stateless.html>.
- Barrán, José Pedro. *El Uruguay del 900*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1990.
- Barret, Rafael. *El dolor paraguayo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.
- . *Mirando vivir*. Montevideo: Bertani, 1912.
- Cappelletti, Ángel J. “Anarquismo latinoamericano” en Cappelletti, Ángel J. y Carlos M. Rama (comps.) *El anarquismo en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990. IX-LXXXV.
- Colson, Daniel. *Pequeño léxico filosófico del anarquismo: de Proudhon a Deleuze*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.

- Delgado, Leandro. *Influencias del anarquismo en la literatura de fin de siglo en el Río de la Plata*. Tesis de Doctorado. New Brunswick: Rutgers University, 2005.
- Díaz, Hernán. *Alberto Ghirardo: anarquía y cultura*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991.
- . "Intelectuales y obreros en el anarquismo (1900-1916)". Ponencia en Jornadas Interdisciplinarias sobre Anarquismo, 25, 26 y 27 de abril. 1991. Buenos Aires: Secretaría de Extensión Universitaria. Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- . "La literatura anarquista: una zona oscura de nuestro pasado". Mimeo.
- Fabbri, Luce. "Caracteres e importancia del autodidactismo obrero" en *Brecha*. Montevideo: 23 de diciembre de 1998. Disponible en: <http://www.brecha.com.uy/gorda/fabbri.html>
- García Moriyón, Félix. *Del socialismo utópico al anarquismo*. Madrid: Círculo, 1992.
- Ghirardo. *Humano ardor: Aventuras, luchas y amores de Salvador de la Fuente*. Buenos Aires: Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1930.
- Gilimón, Eduardo G. *Un anarquista en Buenos Aires (1890-1910)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1971.
- Golluscio de Montoya, Eva. "Círculos anarquistas y circuitos contraculturales en la Argentina de 1900" en *C.M.H.L.B. Caravelle* 46, 1986, pp. 49-64.
- Guérin, Daniel. *El anarquismo: de la doctrina a la acción*. Buenos Aires: Proyección, 1967.
- Kropotkin, Peter. *Anarchism: Its Philosophy and Ideal*. San Francisco: Free Society, 1898. Disponible en: http://dwardmac.pitzer.edu/Anarchist_Archives/kropotkin/philandideal.html.
- Litvak, Lily. "Estudio preliminar" en Litvak, Lily (comp.) *El cuento anarquista*. Madrid: Taurus, 1982, pp. 7-50.
- López D'Alessandro, Fernando. *Historia de la izquierda uruguaya (1): anarquistas y socialistas (1838-1910)*. Montevideo: Carlos Alvarez, 1994.

- Martínez Cuitiño, Vicente. *El café de los inmortales*. Buenos Aires: Guillermo Kraft Ltda., 1954.
- Oved, Yaacov. "The Uniqueness of Anarchism in Argentina" en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* vol. 8, n.1, 1997. Disponible en http://www.tau.ac.il/eial/VIII_1/oved.htm.
- Quiroga, Nicolás. "Prácticas políticas y cambio cultural: anarquistas autodidactas hacia mediados de 1940". Disponible en <http://tapera.info/textos/autodidaxia.pdf>
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca, 1998.
- . "Prólogo" en De las Carreras, Roberto. *Salmo a Venus Cavalieri y otras prosas*. Montevideo: Arca, 1967, pp. 7-46.
- . *Ruben Darío y el modernismo: circunstancia socioeconómica de un arte americano*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1970.
- Rotker, Susana. *La invención de la crónica*. Buenos Aires: Letra Buena, 1992
- Suriano, Juan. *Anarquistas: cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial, 2001.
- Sux, Alejandro. *Bohemia revolucionaria*. Barcelona: Biblioteca de la Vida Editorial, 1909.
- Terán, Oscar. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): derivas de la "cultura científica"*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Weir, David. *Anarchy & Culture: The Aesthetic Politics of Modernism*. Massachusetts: University of Massachusetts Press, 1997.
- Zubillaga, Carlos. "Luchas populares y cultura alternativa en Uruguay: el Centro Internacional de Estudios Sociales en Siglo XIX", vol. 6, 1988, pp. 11-39.
- Zubillaga, Carlos y Jorge Balbis. *Historia del movimiento sindical uruguayo: prensa obrera y obrerista (1878-1905)*. Montevideo: Ediciones de la Banda oriental, 1986.
- Zum Felde, Alberto. *Crítica de la literatura uruguaya*. Montevideo: Maximino García, 1921.

---. *Proceso intelectual del Uruguay*. Montevideo: Ediciones del Nuevo Mundo, 1967

Prensa anarquista consultada

Crónicas Subversivas. Montevideo, 1912

El Sol. Buenos Aires. 1903.

La Protesta Humana. Buenos Aires. 1903.

La Protesta. Buenos Aires. 1915.